

EL DIVISADERO, JUEVES 19 DE MARZO DE 2020 /

Opinión

Celeste Artale



*Instituto de Astrofísica
Universidad Andrés Bello*

Un mismo cielo

En la exploración del cosmos, Chile ocupa un lugar privilegiado. Las condiciones excepcionales del desierto de Atacama han convertido al país en uno de los centros de observación astronómica más importantes del mundo. Aquí se encuentran algunos de los observatorios más avanzados, y en el futuro será el lugar del Extremely Large Telescope, el telescopio óptico más grande jamás construido.

Gracias a estas instalaciones, hoy nuestro país concentra una fracción significativa de la capacidad mundial de observación astronómica basada en tierra y alberga una comunidad científica vibrante y creciente. Cientos de astrónomos y astrónomas junto a estudiantes, ingenieros y profesionales de distintas áreas trabajan desde universidades y centros de investigación, contribuyendo al conocimiento del universo.

Todo este trabajo científico convive con algo más simple y universal: la posibilidad de salir a observar la noche estrellada y notar la inmensidad del universo. Entre sus miles de millones de galaxias, cada una con miles de millones de estrellas, resulta difícil no sentir una mezcla de asombro y humildad.

Como señaló el astrónomo y divulgador científico Carl Sagan, la Tierra es apenas un punto suspendido en la vastedad del universo, un diminuto escenario donde ocurren nuestras historias, culturas, alegrías y conflictos.

En tiempos actuales, marcados por guerras y tensiones en muchas partes del mundo, la astronomía —una de las ciencias más antiguas de la humanidad—, nos recuerda algo fundamental: que todos habitamos el mismo planeta bajo un mismo cielo.

Tal vez por eso, desde las antiguas tablillas en donde los babilonios registraban las posiciones de los cuerpos celestes, hasta los telescopios gigantes del desierto de Atacama, la observación del cosmos ha sido siempre una actividad profundamente humana.

Mirar el cielo no solo nos ayuda a entender el universo, sino también a entendernos a nosotros mismos. Y quizás, al contemplar esa inmensidad, podamos también recordar lo pequeña que es la distancia que realmente nos separa.